

# La institución psicoanalítica. Pertinencia y paradojas

Raúl E. Levín

“¿Qué opina, por cierto, de una organización más estricta con estatutos de asociación y una pequeña cuota?: ¿Le parece conveniente?”

(De una carta de Freud a Ferenczi del 1 de enero de 1910) <sup>1</sup>

Las personas tienden a agruparse según sus afinidades, sean éstas comerciales, profesionales, artesanales, artísticas, intelectuales, recreativas u otras.

La tendencia a reunirse tiene diferentes propósitos: proteger intereses comunes, compartir la actividad, y eventualmente optimizar el desarrollo de lo que tienen en común. Esta necesidad de agruparse según un interés o una inquietud compartida puede considerarse arcaica e inherente a la condición humana. Sin embargo, en relación a las ideas que voy a exponer en torno a un intento de caracterización de la institución psicoanalítica, puede tomarse como antecedente histórico datable la constitución de las grandes y poderosas corporaciones medievales de artesanos, en las que sus integrantes se asociaban para defender sus intereses.

Estas primeras corporaciones fueron seguidas de distintas modali-

<sup>1</sup> Freud, S. y Ferenczi, S.: *Correspondencia Completa. 1908-1910*. Vol. I,1. Editorial Síntesis. Madrid.1993. Pág. 163.

dades de agrupación, siempre centradas en el cuidado del bien reductible que había que proteger y promocionar (fuera material o de provisión de servicios), que ya tenía un reconocimiento de la población de consumidores a la que se ofrecía como bien de uso. Otro objetivo de estas organizaciones era elevar el prestigio social de quienes compartían y se identificaban entre sí por la mercancía que producían.

El origen de la necesidad de agruparse por parte de los psicoanalistas tuvo sus particularidades. Los primeros descubrimientos de la disciplina que luego fue conocida como “psicoanálisis” fueron protagonizados por una única persona, en absoluta soledad, y sin reconocimiento ni de supuestos pares ni de la sociedad en general. La razonable necesidad de Freud de compartir sus hallazgos no encontró eco entre los colegas. El saber que podía circular en la corporación médica a la que se dirigió Freud para dar a conocer sus primeras conclusiones no estaba en condiciones de inscribir descubrimientos inéditos que no encajaban en el sustrato positivista que sustentaba el conocimiento de la época. La noción de inconsciente—intangible, inabarcable salvo por sus efectos, que introducía el desconocimiento como un supuesto del saber— era inaceptable. Por decirlo de una manera, se ofrecía un bien que no se podía ver ni tocar, que sobrepasaba en sus efectos incluso al mismo profesional que lo validaba.

¿Cómo podía la sociedad médica avalar la caracterización de una subjetividad basada en criterios tan alejados del positivismo? Era razonable que Kraft-Ebing replicara con su conocido comentario una presentación clínica de Freud ante la Sociedad Psiquiátrica de Viena en abril de 1896: “Sonaba como un cuento de hadas científico”.<sup>2</sup> A pesar de ser incomprendido, Freud necesitó asociarse a interlocutores con quienes dialogar, intercambiar y compartir los conceptos y las experiencias a los que lo llevaba su apasionada convicción. Su soledad necesitó de interlocutores. Su primera “asociación” fue epistolar, con Wilhelm Fliess, médico de otra especialidad que aparentemente no comprendía en profundidad los fundamentos del incipiente psicoaná-

<sup>2</sup> Freud, S.: Estudios sobre histeria. *Obras Completas*. Tomo III. Amorrortu Editores. Bs. As. Página Introductoria de Strachey, Pág.188.

lisis, pero que funcionó como excelente y estimulante interlocutor. Quizás ésta relación inicial con Fliess, puede ser considerada el germen de lo que luego sería la institución psicoanalítica.

Gradualmente se fueron acercando los que serían sus primeros discípulos, casi todos médicos con distinta formación y de diferentes orígenes, que se fueron reuniendo en torno a Freud para formarse e intercambiar ideas con el maestro. Es conmovedora la fidelidad que muchos de ellos tuvieron hacia Freud durante varias décadas. Otros se fueron alejando de los fundamentos freudianos y siguieron caminos propios y disidentes.

En 1902 se formó la Sociedad Psicológica de los miércoles, que se reunía en la casa de Freud. Este grupo se refundó en 1907 bajo el nombre Sociedad Psicoanalítica Viena y en 1910 se crea la Asociación Psicoanalítica Internacional que sin interrupciones sigue activa hasta nuestros días.<sup>3, 4</sup>

A diferencia de las poderosas corporaciones medievales, el psicoanálisis inició su historia a partir de las inquietudes e interrogantes que se le plantearon a una persona en particular, y convocó a otros interesados a lo largo de sus desarrollos atraídos por un bien, valor o si se quiere un saber imposible de definir (a diferencia de las corporaciones centradas en una mercadería), pero también de negar, ya que por sus probados efectos en la etiología de las neurosis y en la caracterización del humano en tanto sujeto era indiscutible. Como consecuencia de los apasionantes descubrimientos a partir de la experiencia clínica, los discípulos de Freud fueron creciendo en número hasta que se llegó a formalizar una Asociación, con reglamentos explícitos que obligaban a cumplir con ciertos requisitos y penalizaba la no adhesión a lo estatuido. Las actividades de la nueva organización incluyó la organización de congresos, la publicación de una revista y de libros de autor, reuniones de intercambio de experiencias y de discusión de trabajos.

<sup>3</sup> Fershut, G.: "De los siete anillos a la cadena infinita". *Psicoanálisis APdeBA*. Vol. XXIV. N° 1/2. 2002.

<sup>4</sup> Levín, R.E.: "Carta del Padrino". *Revista Devenir*. Año XIX. N° 19. 2010.

También se accedió a la posibilidad de dar un status jurídico a una entidad que reunía a personas que deseaban formarse o perfeccionarse como psicoanalistas. Sin embargo, como mencioné antes, éste es el plano formal, explícito, al que se arribó con la creación de la Asociación, la cual se fue extendiendo a otras organizaciones que bajo las mismas reglamentaciones replicaban y representaban a la internacional, en países de Europa, de América Latina y en Estados Unidos.

Pero es fácil de suponer, que la verdadera naturaleza de la reunión de psicoanalistas en una organización no puede ser tan sencilla como lo enunciado por Freud en la carta a Ferenczi que cité como encabezamiento de este trabajo.

En un plano menos formal, no podemos desconocer que si el determinante que dio sentido a los intentos de los psicoanalistas de agruparse fue el trabajo sobre lo inconsciente, lo inconsciente no puede ser ignorado en su participación en el establecimiento de la trama que constituyen las relaciones entre analistas. El doble protagonismo de lo inconsciente, de ser lo que convoca, y a la vez promueve resistencias y efectos impensados, llevó a perturbaciones en la vida intrainstitucional. Pareciera que lo inconsciente desatara de por sí efectos no siempre fáciles de resolver. Tanto es así que quizás hay que tomarlos como rasgo que caracteriza la reunión de psicoanalistas en torno al psicoanálisis.

De tal manera, más allá de la formalización de la Asociación, hubo (hay) permanentes líneas de controversia, desacuerdos, actuaciones y perturbaciones en las relaciones entre analistas que escapan a lo reglamentado y en cierto sentido deseado. Esto deriva en que una asociación psicoanalítica sea permanentemente conflictiva a pesar de imperativos que a veces intentan desconocer los movimientos inconscientes que determinan las relaciones entre sus miembros. Podemos incluso aventurarnos diciendo que si dichos conflictos no existieran, seguramente es porque el sentido de asociarse entre psicoanalistas está produciendo efectos estériles.

Lo que consolida las agrupaciones de psicoanalistas no es una mercadería tradicional (como en las antiguas corporaciones) sino la entidad conceptual que Freud otorgó a lo inconsciente, para funda-

mentar una nueva visión de la subjetividad, comprender la etiología de las neurosis, y contribuir al esclarecimiento de los cuadros psicóticos.

Sostener una ética de reunir a los psicoanalista en torno a un concepto (y una concepción) que los diferencia de los interesados en otras disciplinas que (aparentemente) se dirigen a resolver temáticas similares es lo que da sentido a que se asocien.

La Asociación Psicoanalítica Internacional perdura hasta hoy, y pudo salvar a lo largo de sus más de cien años de vida dificultades relacionadas con lo mencionado más arriba. Para remover obstáculos muchas veces (quizás permanentemente) hubo que apelar a eventuales soluciones no siempre dentro de los reglamentos, códigos y posturas oficiales. A grandes rasgos esto es lo que se constituyó como la política del psicoanálisis. Ya en 1912, recién creada la Asociación, se formó en su interioridad un grupo llamado Comité Secreto de los Siete Anillos, que subsistió hasta 1927, con un gran poder para influir sobre las problemáticas inmediatas y el destino de la Asociación.<sup>5, 6</sup> Podemos agregar, que el secreto siempre fue un supuesto en la constitución de las asociaciones psicoanalíticas, ya que uno de los fundamentos del estudio de lo inconsciente, como de formar nuevos psicoanalistas (así como la de sostener dicha formación) incluye la necesidad del análisis del analista para conocer en su propio ser la experiencia del inconsciente, y habilitarse así para atender lo inconsciente de sus analizandos. Necesariamente analistas psicoanalizando analistas dentro de la institución incluye el secreto, la privacidad, la discreción. Pero también se crean líneas internas de secretos que tienen efectos importantes y difíciles de definir. No hay secreto posible, sin que tenga algún efecto que no lo sea tanto. Cuánto juega “lo que se sabe” del secreto es un elemento de importancia en los juegos de poder que circulan en la estructura institucional.

Es por eso que a pesar de la persistencia de la Asociación Psicoanalítica Internacional, a lo largo de su historia tuvo disidentes, colegas

<sup>5</sup> Ferschtut, G.: Ibid. 2002.

<sup>6</sup> Wittenberger, G. y Togel, C. (compiladores): *Las circulares del “Comité Secreto”. 1913-1920*. Editorial Síntesis. Madrid.. 1999.

que se alejaron y crearon a su vez otros agrupamientos centrados en diferentes versiones teóricas del psicoanálisis, psicoanalistas que decidieron formarse sin pertenencia a ningún grupo preformado y otros que a su vez, habiendo pertenecido o no a la Asociación inaugural, formaron otros agrupamientos siguiendo otras líneas ideológicas, teóricas y clínicas, según posiciones propias relacionadas a lo que puede ser entendido por “psicoanálisis”.

Me he ocupado hasta aquí de hacer una introducción a los orígenes del psicoanálisis hasta llegar a la constitución estatuida de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Hice una caracterización de ciertas diferencias respecto a otras organizaciones profesionales o comerciales que también se ocuparon de sostener y dar cohesión a la actividad respectiva que representaban. Introduje en forma muy general algunas problemáticas específicas de las asociaciones psicoanalíticas, en las que a diferencia de otras agrupaciones, se reúnen alrededor de un bien que es objeto de polémicas y resistencias, con el que es difícil identificarse. Se llegó a una organización para encaminar el desarrollo del psicoanálisis con una estructura jurídica y formal explícita que se llamó la Asociación Psicoanalítica Internacional. Pero anotamos también que ocuparse de lo inconsciente no es tarea que pueda ser contenida en cláusulas “oficiales”. Los movimientos que reúnen a los psicoanalistas en torno a su propio objeto –lo inconsciente– son de gran complejidad y crean una trama implícita, a la que a veces es difícil acceder en lo inmediato, quizás de un alcance no siempre percibido, que incide en cada analista así como en la misma agrupación que los convoca.

Voy a definir la institución psicoanalítica según estas líneas internas en las relaciones entre analistas que tratan de compartir y debatir sus ideas en un mismo ámbito, los efectos no manifiestos de dichas relaciones, el ámbito que los reúne y el carácter del saber psicoanalítico, siempre incompleto e insuficiente, siempre promoviendo movimientos teóricos y clínicos, siempre suscitando conflictos que pueden o no ser enriquecedores para cada uno y para el conjunto, y por sobre todo derivando en una clínica que conmueve las formaciones del inconsciente tanto del analista como del analizando.

Y lo enuncio de esta manera para diferenciarla de las Asociaciones

oficiales u otros agrupamientos, con las que la institución converge, aunque no necesariamente sea en todo compatible.

Para avanzar más en el estudio de la institución psicoanalítica, a la que se puede acceder desde tantas vertientes, me voy a limitar a enunciar algunos temas que pienso son de interés central para aproximarnos a una representación más o menos verosímil de sus características y problemáticas.

### **Circulación y efectos de lo inconsciente en la institución psicoanalítica**

Es llamativa la poca bibliografía existente referida a la institución psicoanalítica y a la dinámica inconsciente que promueve y a la vez la define. Es posible que al ser abarcadora y a la vez abarcada por los propios psicoanalistas, de lugar a una involucración tal de sus miembros componentes, que se hace difícil tomar la distancia necesaria para hacerla objeto de su estudio. Por otra parte, como veremos más adelante, la movilización que se suscita de mecanismos inconscientes arcaicos y generalmente muy reprimidos, a los que la institución psicoanalítica les es funcional, dificulta aún más la aproximación a lo inconsciente puesto en juego.

Sin embargo la bibliografía que menciona implícita o explícitamente aspectos parciales relacionados a la institución es ilimitada. Casos clínicos, reportes sobre el análisis de analistas, discusiones teóricas, reuniones societarias y tantos otros temas, se despliegan tanto en forma presencial como por escrito con un telón de fondo institucional. Pero amalgamar estas presentaciones con una teoría de la institución psicoanalítica como totalidad es menos frecuente.

El porqué de ciertos movimientos políticos e ideológicos y su influencia en la teoría y en la clínica, la influencia de lo residual de transferencias y contratransferencias no resueltas, las brechas y contradicciones entre posiciones teóricas que no son compatibles entre sí pero conviven en la actividad institucional, el aglutinamiento fanático en torno a un determinado autor o teoría, la forma que toma el narcisismo de los individuos en cuanto se agrupan como psicoanalistas (o sea en torno a las vivencias originadas por el trabajo de acceso

a lo inconsciente), son temas mucho más difíciles de abordar.

Parecería que la institución habilita a ser desglosada en temas que no son centrales, pero a la vez instaura un tabú al acceso a su totalidad, con pretextos racionalizados de que un intento de abordaje de esta naturaleza podría poner en riesgo la eventual aceptación social del psicoanálisis.

De soslayo, cualquier presentación relacionada al psicoanálisis incluye la pertenencia institucional. Pero casi siempre en forma cautelosa, insuficiente y regida por una cierta prudencia.

Por otra parte es sugestivo (y hasta sintomático) el saber acerca de la institución que a veces en forma discreta y en un clima de cierta gozosa clandestinidad, surge en forma oral en “charlas de pasillo” de las que nada queda escrito o documentado.

Es interesante constatar el énfasis con el que los analistas se forman en el conocimiento de su propio inconsciente (análisis del analista) y el de sus pacientes (supervisión), y su contraste con la falta de estudio y de acceso acerca del lugar y efectos de lo inconsciente en la institución que les ofrece la formación,

No es mi intención hacer un listado bibliográfico sobre el tema. Sólo diré (también me parece sintomático) que trabajos considerados clásicos en nuestro medio, como “Psicología de las instituciones” de Fernando Ulloa <sup>7</sup> y “Psicohigiene y psicología institucional” de José Bleger <sup>8</sup> no se ocupan de la institución psicoanalítica y muy poco de la dinámica inconsciente propia de las instituciones en general.

Es sin embargo este último autor quien más aportes hace a la participación de lo inconsciente en la dinámica de la institución psicoanalítica, aunque el título de su texto no refiere puntualmente a la institución sino al de una de sus derivaciones. Me refiero al artículo “Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico”.<sup>9</sup> En este texto Bleger se refiere al encuadre, aplicando a este recurso clínico características

<sup>7</sup> Ulloa, F.: Psicología de las instituciones. *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XXVI. Nº 1. 1969.

<sup>8</sup> Bleger, J.: *Psicohigiene y Psicología Institucional*. Paidós. Buenos Aires. 1966.

<sup>9</sup> Bleger, J.: Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XXIV. Nº 2. 1967.



propias de la institución “que lo instituye” (encomillo palabras mías). Por eso podemos pensar (en realidad Bleger lo insinúa permanentemente) que lo referido al encuadre es también extensivo a la institución.

“Una relación que se prolonga durante años con un conjunto de normas y actitudes no es otra cosa que la definición misma de una institución” escribe en la pág. 242 refiriéndose al encuadre. “...las instituciones funcionan siempre (en grado variable) como los límites del esquema corporal y el núcleo fundamental de la identidad” (pág. 243). “...hay que reconocer que siempre *las instituciones y el encuadre* (el destacado es mío) se constituyen en un mundo fantasma: el de la organización más primitiva y desorganizada” (Pág. 243).

Bleger se refiere al encuadre como si se tratara de la institución y viceversa, pero a la vez enfatizando que se refiere al encuadre mencionando menos a la institución. No es de extrañar, porque hay casi diría una convención implícita que alude a que ocuparse de investigar lo inconsciente que circula en la institución puede ser considerado de riesgo y hasta herético por lo “impropio” que revelaría. Por otra parte, el encuadre es un subsidiario, casi una réplica de la institución misma. ¿Por qué no abordarla desde allí?

Vale la pena hacer notar que gramaticalmente la palabra “institución” es a la vez sustantivo y verbo.

Como sustantivo alude al ámbito físico y mental en que se desarrolla, a su acervo intelectual, a la representación que tenemos de ella, a sus actividades. etc.

En tanto verbo, es decir como acción, a que le es inherente instituir, instaurar, propiciar...

Podemos decir que hay una “institución del encuadre”. La institución está representada en el encuadre que instaura.

Por eso en la dialéctica que Bleger establece entre institución y encuadre, por momentos ambos se superponen.

Nuestro autor hace luego referencia a cómo la inmovilidad del encuadre se presta a que se establezca como depositario de la parte psicótica de la personalidad, es decir la parte indiferenciada y no resuelta de los primitivos vínculos simbióticos. “Las ansiedades

psicóticas se juegan dentro de la institución...” (Pág. .247). “Toda variación del encuadre pone en crisis al no-Yo, ‘desorienta’ la fusión, ‘problematiza’ al Yo y obliga a la reintroyección, a la reelaboración del Yo, o a la actuación de las defensas para inmovilizar o reprojectar la parte psicótica de la personalidad” (pág. 291).

Si extendemos (como lo hace el mismo Bleger) lo dicho sobre el encuadre a la institución psicoanalítica, podemos entender porqué si en alguna medida es deseable la constancia y la estabilidad de su estructura institucional, es también de riesgo que la inmovilidad sea una forma de prevención de la angustia que provocan los cambios, teniendo en cuenta las ansiedades primitivas que en dicho caso se movilizan.

Hay a veces en la institución una tendencia al congelamiento de su desarrollo, que puede constituirse en una forma de letargo, como supuesto recurso para eludir las ansiedades que suscitan los cambios. Esto puede derivar en una ilusión de estabilidad que la aísla del medio al que se dirige, creándose un engañoso estado nirvánico de supuesta comodidad, que deja a la institución psicoanalítica cerrada en sí misma, e impide afrontar la producción novedosa e inédita, así como los movimientos institucionales que sustentan no sólo la evolución del psicoanálisis sino que también al psicoanálisis mismo (no puede pensarse un psicoanálisis detenido, sin permanente revisión y nuevos desarrollos teórico-clínicos).

En el trabajo de Janine Puget y Leonardo Wender “Analista y paciente en mundos superpuestos,”<sup>10</sup> los autores se refieren a una crisis institucional que conmovió al ambiente psicoanalítico, y a cómo esto afectó los análisis de los entonces llamados “candidatos” que se analizaban con analistas de esa misma institución que los formaba.

Conviene enfatizar la importancia de este texto, porque no hay muchos trabajos sobre la incidencia de las vicisitudes institucionales en la interioridad de los análisis de analistas en formación. No suele tenerse en cuenta esa caracterización del encuadre como un represen-

<sup>10</sup> Puget, J. y Wender, L.: Analista y paciente en mundos superpuestos. *Psicoanálisis APdeBA*. Vol. IV. N° 3. 1982.

tante de la institución, que se replica en sus tramas conscientes e inconscientes.

Puget y Wender mencionan una idea general que podría ser atribuida al texto anteriormente citado de Bleger: “La misma institución que habitualmente constituye una adecuada defensa contra las desorganizaciones psicóticas, al facultar la creación de vínculos estables que hacen a la creación y la cohesión grupal, se transformaba ahora en generadora de ansiedades de corte francamente primario” (pág. 504).

Se relatan luego las perturbaciones al encuadre que produjo dicha “crisis”, particularmente por el exceso de información por parte de los analizandos acerca de situaciones privadas de los analistas, o de conocidos de éstos, en un momento de profunda conmoción en la institución, afectada (y afectando) a cada miembro particular y a la trama de relaciones entre ellos.

El sentimiento provocado por esta intromisión de la realidad institucional en los análisis era registrado por los analistas como perturbadora de la posibilidad de sostener los principios técnicos fundamentales de un análisis: el encuadre, la neutralidad de la escucha, la atención flotante y la transferencia/contratransferencia. Esto producía en los analistas lo que ellos definen como una “microneurosis traumática, con su correlato sintomatológico: malestar, angustia, rumiación, repetición, pobreza ideativa y hasta algunos momentos de desestructuración psicótica, reactivación de ansiedades paranoides y confusionales” (pág. 508).

No está enfatizada (aunque los párrafos citados dan cuenta de que está implícita) que la incidencia de la denominada crisis no se relaciona solamente con la intrusión de la realidad externa, sino que también implica lo inconsciente puesto en juego en la misma definición de la institución psicoanalítica. Los analistas en formación de aquella época (a los que se denominaba “candidatos”) no pertenecían formalmente a la institución. Sin embargo desde el punto de vista de mi definición de institución psicoanalítica, era obvia su involucración y protagonismo en la dinámica consciente e inconsciente de la trama institucional. Posiblemente segregarlos de la “institución formal” (la

Asociación) era una medida preventiva ante la complejidad que esto suponía, especialmente (aunque no únicamente) en situaciones como las que se describe en este trabajo.

La pertenencia conjunta del analista de futuros analistas (denominado con el siempre discutido título de “analista didacta”) con sus analizandos (“candidatos”) implica que a veces ambos estén sumidos en la misma red inconsciente que caracteriza a la institución, compartiendo ambos sus puntos ciegos, narcisismos, interdicciones y otros síntomas institucionales. Puede decirse que en estos análisis (y es bueno tenerlo en cuenta) siempre se originan “mundos superpuestos”, conscientes e inconscientes.

Pienso que lo más destacado de este texto es que valida la posibilidad de abordar la institución psicoanalítica desde el encuadre y el proceso, así como también desde la transferencia y la contratransferencia.

Me aventuro a insinuar que podemos considerar la posibilidad de pensar en una clínica psicoanalítica de la institución psicoanalítica. Este trabajo de Puget y Wender lo avala.

Pero hay que tener mucho coraje para un emprendimiento de esta naturaleza, porque sería poner en evidencia nuestro propio inconsciente en sus aspectos más arcaicos, de los que la institución es depositaria. La institución dejaría de ser un baluarte usufructuado para preservarnos de nuestro propio inconsciente, y porqué no decirlo, también de la realidad externa.

## BIBLIOGRAFÍA

- BLEGER, J. Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XXIV. N° 2. 1967.  
— *Psicohigiene y Psicología Institucional*. Paidós. Buenos Aires. 1966.  
FERSCHUT, G. “De los siete anillos a la cadena infinita”. *Psicoanálisis APdeBA*. Vol. XXIV. N° ½. 2002.  
FREUD, S. Y FERENCZI, S. *Correspondencia Completa. 1908-1910*. Vol. I, 1. Editorial Síntesis. Madrid. 1993.

- FREUD, S. Estudios sobre histeria. *Obras Completas*. Tomo III. Amorrortu Editores. Bs. As. Página Introductoria de Strachey.
- LEVÍN, R.E. “Carta del Padrino”. *Revista Devenir*. Año XIX. N° 19. 2010.
- PUGET, J. Y WENDER, L. Analista y paciente en mundos superpuestos. *Psicoanálisis APdeBA*. Vol. IV. N° 3. 1982.
- ULLOA, F. Psicología de las instituciones. *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XXVI. N° 1. 1969.
- WITTENBERGER, G. Y TOGEL, C. (compiladores): *Las circulares del “Comité Secreto”*. 1913-1920. Editorial Síntesis. Madrid.. 1999.